

Autor: *Anónimo.*

Título: *Lisardo el estudiante. Nueva relación en que se declaran los lances de amor, miedos y sobresaltos que acaecieron á este caballero, natural de la ciudad de Córdoba, y á doña Teodora, de la de Salamanca.*

Publicación: *Museo Internacional del Estudiante, 2009.*

Ver. original: *Imprenta de Santarem, año 1842.*

Escucha Carlos mi historia,
si no te enfada el oírla,
por lo extraordinaria y larga,
no menos que por prolija
y triste en su confusion;
pues ella será vestida
de repetidos asombros,
siempre anunciando desdichas.
Mi nombre propio es Lisardo,
Córdoba es la patria mia,
y tierra donde mis ojos
la primera luz veían;
el apellido no es justo
que en público lo repita:
tú lo sabes, y lo callo
por honor de mi familia.
En esta ciudad crieme
con las costumbres debidas,

y estilos más bien versados
que hay en la caballería;
y después que hube estudiado
hasta la filosofía,
llegué á la edad más perfecta
de mis años, pues cumplia
diez y siete primaveras,
cuando mi padre sentia
que andaba mal divertido,
con que al instante me envia
á estudiar á Salamanca,
fletándome la partida
con dineros y un criado
que llevé en mi compañía.
Dentro pues de breve tiempo
á los muros dimos vista
de Salamanca, entré en ella,
descansé, y al otro dia
la Universidad visito
de las escuelas antiguas,
donde estudiantes concurren
de toda la monarquía.
Tres años cursé las leyes
siendo rayo en la porfia
de conferir competencias,
dándole á todo salida,
y por esto en la ciudad
todos ya me conocian.
Adquirí muchos amigos
de mi propia gerarquía,
y entre estos mi voluntad
á uno solo preferia,
mi corazón le fiaba,
y él el suyo me ofrecia,

Claudio tenia por nombre
siendo la amistad tan fina,
que tú por tú nos hablamos.
Claudio una hermana tenia
llamada doña Teodora,
de virtudes tan crecidas,
de discrecion recatada,
que de sus ojos las niñas
jamás levantó del suelo,
siempre de Dios asistida.
Robóme su amor el alma,
quedando yerto y sin vida,
desde el punto en que la ví:
era una hoguera encendida
mi pecho, un bolcan ardiente,
y aunque me hallaba á la vista
de Teodora, nunca pude
hablarla sino por cifras;
Y ella, honesta y sonrojada,
se hacia desentendida
bien por temor de su hermano,
ó por rigor de dos tias
que eran las que la criaron,
y á su cargo la tenían.
Quise pedirla á su hermano,
y me dieron la noticia
de que estaba para monja
dedicada y dirigida.
A pesar tan tristes nuevas
adquirí, cuando mis dichas
se desplomaron al suelo,
quedando desde aquel dia,
descuadernado de insultos,
desvelado de fatigas,

psstinado de congojas,
en fin sin norte y sin guia
hasta que tuve ocasion
por una criada antigua
de la casa de Teodora,
que humilde y compadecida
de mí, se determinó
por un postigo que habia
el darme entrada una noche
de algún interés movida.
Hízome francas las puertas,
y con huellas no sentidas
armé de valor el miedo,
subí la escalera arriba,
llegué al cuarto de Teodora
y á la luz de una bugía
la vida estar inclinada
á un libro donde leía,
tan embebida en extremo,
que hasta que la sombra mia
la hizo que recordase,
no sintió quien lo impedia.
Quitó del libro los ojos,
y temblando, entremecida,
fué á hablarme, pero no pudo.
Yo entonces, señora mia:
la dije: no os asusteis,
que vuestro honor no peligra,
que nunca está más guardado
que ahora que lo cobija
sangre noble, mas no es tiempo
de que mi descargo os diga,
cuando miro los temores
cercados de mi osadía;

contemplo también los riesgos
que os ofuscan y fatigan:
y así disculpe mi arrojado
aquesta llama encendida,
aqueste amor abrasado
que tanto hácia vos se inclina.
Mil veces mis tristes ojos
os han dado la noticia
que con el alma os adoro,
y á todo desentendida
os habeis hecho sin dar
señas de correspondida.
Y si al entrar religiosa
vuestro deseo os dedica,
no quiero servir de estorvo,
que en el estado que sigas,
seré gustoso en serviros
con el alma mientras viva,
con pensamientos honestos.
En tanto que la decía
todas estas espresiones,
Teodora volviendo iba
del susto, terror y espanto;
al aire un suspiro afirma,
y deshojando el clavel
de sus labios me decía:
hay Lisardo! ¿quién pudiera
á tu amor darle cabida,
sin romper obligaciones
del voto que ya me obliga!
Mira mi recogimiento,
mira el fervor que me anima,
mira también la palabra
que á Dios le tengo ofrecida,

y pues si eres entendido,
no inquietes la pasión mía.
Para qué hemos de engolfarnos
donde esperanzas no hay vivas,
sino de muertos deseos?
Y mañana en aquel día
sabes que voy á un convento
con voluntad libre y fina.
Galantea otra hermosura
que te pague con caricias;
yo me alegraré que halles
quien á tu afecto se rinda,
quien te llene de favores
y tus estandartes siga;
que de mi no has de sacar
más que el ser te agradecida.
Y diciendo estas razones,
con ruegos me encarecía
la deje sola y me salga
de la casa, pues sentía
no recordase su hermano.
Viendo que razón tenía,
la obedecí luego al punto:
confuso me despedía,
bajo al jardín, siento ruido
de armas, y que decía
una voz: abrid, matadle.
Tendí la vista, y veía
en la puerta un embozado,
y al ver que no parecía
la criada, presumí,
alguna traición urdida.
Entré confuso y turbado
con mi espada prevenida

salgo á la calle de un vuelo,
y mi contrario decia:
no es puesto seguro este
para reñir, y partía.
Tiró adelante y seguile,
dispuesto me percibía,
resuelto á lo que saliere;
y acelerados con priesa
fuimos travesando calles,
y al cabo de ellas habia
fuera ya de la ciudad,
unas paredes hundidas,
un sitio tan tenebroso
que horrorizaba aun de dia.
Allí se volvió y me dijo
con voz profunda y sentida:
aqui han de matar á un hombre,
Lisardo, enmienda tu vida,
repara bien lo que haces
y no vivas tan aprisa.
Esto dijo, y al instante
como sombra obscurecida
desapareció. Ya puedes
ver como yo quedaría,
dejándome tan helado,
que allí acabára la vida,
y juzgo me halláran muerto,
si la clemencia divina
no me hubiera dado esfuerzo.
O providencia infinita!
cual es la misericordia
de tus entrañas benignas;
pues sin bastarme los brios,
mi cuerpo en tierra caía,

desaliñado el semblante,
interpolada la vista
angustiado el corazón,
que en los temores la prisa
siempre ha sido perezosa.
Mas cobrando nueva vida,
desamparé poco á poco
el puesto de mi ruina.
Vuelvo á la ciudad pasmado,
las sombras me estremecian,
y por si siguen mis pasos,
volviendo siempre la vista.
Todo cubierto de sombras,
con mortales agonías,
de mi posada las puertas
toqué; y de pronto me abria
mi criado, y conociendo
cuan sobresaltado iba,
preguntándome la causa,
de todo le dí noticia,
por tener de él confianza,
que las penas repetidas
comunicadas son menos,
si hay quien ayude á sentirlas.
En fin pasé aquella noche
con desvelos, y á otro dia
Teodora entró en el convento
con la ostentación debida,
con el honroso aparato
que la ocasión requería.
No quisiera ser molesto;
pero tu atencion me obliga:
perdóname, amigo Cárlos,
mi dilatada osadía;



que aqui cesa aquesta historia
mientras que se fortifica
y corrobora el discurso,
para que adelante siga
con segunda relacion
de otras penas mas crecidas.

FIN